

BUEN HUMOR

40 CENTIMOS
MUNICIPAL
ENEROTEC



—Créeme, el amor es un simple pasatiempo.

—Sí, sí... Y el matrimonio, otro, pero de palabras cruzadas.
Ayuntamiento de Madrid

Dib. BOSCH.—Barcelona.

La CREMA
LIDA reconsti-
tuyente es el
único prepara-
do eficaz para
conservar la be-
leza de la mu-
jer.

Sus propieda-
des maravillo-
sas la hacen in-
sustituible en
todo tocador
elegante.



Nada tan prác-
tico en la vida
veraniega para
preservar el cu-
tis de todo pe-
ligro como la
maravillosa cre-
ma reconstitu-
yente LIDA,
que limpia el
rostro de toda
impureza, a la
vez que blan-
quea y suaviza
la piel.

CREMALIDA

Depositarlo: URQUIOLA Mayor, 1. — Madrid

NUESTROS CONCURSOS

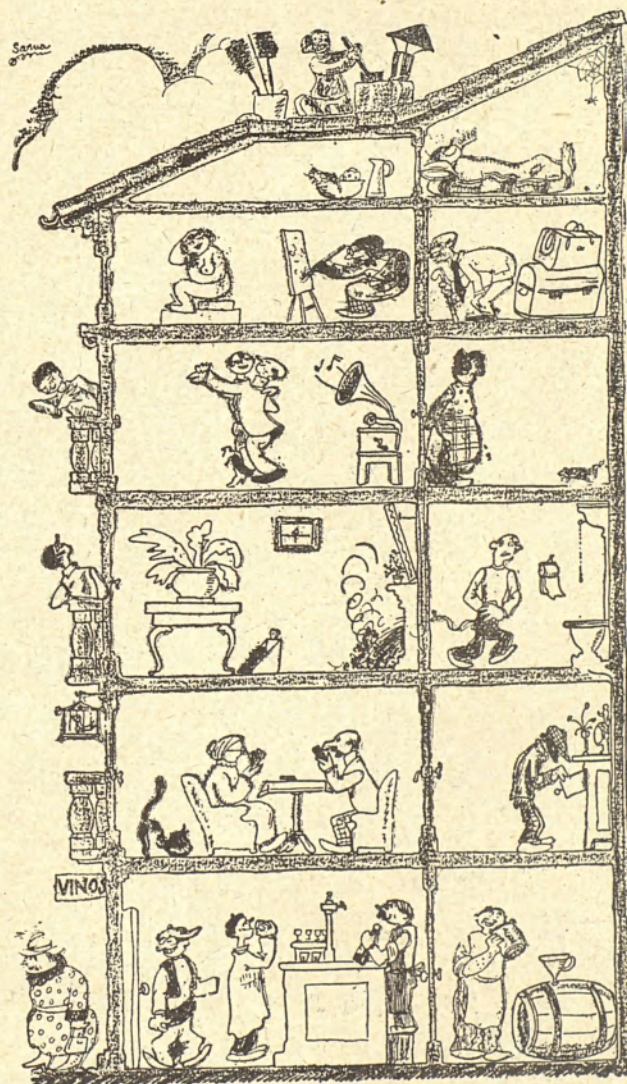
EL DEL MES DE JUNIO

CUARTA LISTA DE SOLUCIONISTAS

Hortensia Ugarte.—Zaragoza.
Luis Lafich.—Zaragoza.
Andrés Potenciano.—Madrid.
Alberto Aforaiz.—Bilbao.
Augusto Ubieto Atal.—Ayerbe.
Isabel Vivanco.—Madrid.
Eugenio Martínez.—Madrid.
Juan Carlos Escauriaza.—Bilbao.
Antonio Vargas Carrillo.—Útrera.
Paúl Rey.—Melilla.
Angela Duarte.—Tánger.
Eugenio Salgado.—Bilbao.
Agustina Corral Recio.—Alcalá de Henares.
Enrique Matalí Timoneda.—Valencia.
Pura Rodríguez.—Astorga.
Arsenio del Barrio.—Segovia.
Soledad López García.—Madrid.
Baudilio Llorente García.—Santa Cruz de Tenerife.
Carmen M. Martínez.—Madrid.
Maruja Díaz.—Nerva.
Vicente Portolés Felez.—Teruel.
Ricardo Rozas Llanes.—Madrid.
Antonio Laserna.—Santa Cruz de Tenerife.
Lamberto de los Santos.—Madrid.
Miguel Rodríguez.—Zaragoza.
José María Pons Rovira.—Barcelona.
S. A.—Madrid.
José Germán Iglesia.—Madrid.
Rafael Bella.—Barcelona.
José Irureta.—Madrid.
Federico G. Enríquez.—Londres.
Federico Fencinas.—Madrid.
Hermann Kyburz.—San Sebastián.
Rafael García Sánchez.—Behobia.
Isabel Esteban.—Madrid.
Alfonso Ruiz-Bravo.—Tetuán.
Baudilio Llorente.—Santa Cruz de Tenerife.
Pilar Lecuona.—Madrid.
Aurelia de Mutiozabal.—Las Arenas.
Aurora Espantaleón.—Madrid.
Rosina Ferrer.—Melilla.
Carmen Cuadrillero.—Madrid.
Pedro Escalera.—Madrid.
Enrique Vidal.—Madrid.
Emilia S. Pastor.—Madrid.
Lolita S. Pastor y Coral.—Madrid.
Juan Victoria de Lecea.—Madrid.
Constantino Cotillo.—Madrid.
Ricardo Aurelio Monedero.—Madrid.
Pilar Martín Macías.—Madrid.
José Sánchez de León.—Madrid.
Pablo Martínez.—El Barredo.
Angel García y García.—Santía.
Alfonso Cortés Saló.—Córdoba.
Eusebio Sorolla.—Barcelona.

Elisa Espinosa.—Madrid.
Rafael Maldonado Gómez.—Málaga.
José Soria.—Madrid.
Alfonso Gamiz.—Granada.
Enrique G.^a Beaumont.—Madrid.
José María Estévez.—Madrid.
José María Amoedo.—San Sebastián.
Miguel Alba.—Guipúzcoa.
B. Echarren.—Pamplona.

Isabelita Luna.—Madrid.
Rafael de Viu.—Madrid.
G. de Grageda.—Alcalá de Henares.
Jesús Delgado R.—Cadesella.
Carlitos Alfaro Villalaín.—Salinas.
Paz de Santiago Cabrera.—Madrid.
C. C. M.—Barcelona.
Fernando Navarro Clavero.—Madrid.
Rafita Martos Ramírez.—Bilbao.
José María de Viu.—Madrid.



Concha Díaz Munió.—Santander.

Nuestros Concursos

EL DEL MES de JULIO

Con la acostumbrada alegría y con el brutal optimismo que nos caracteriza, ofrecemos a nuestros jacarandosos lectores el concurso correspondiente al mes de julio.

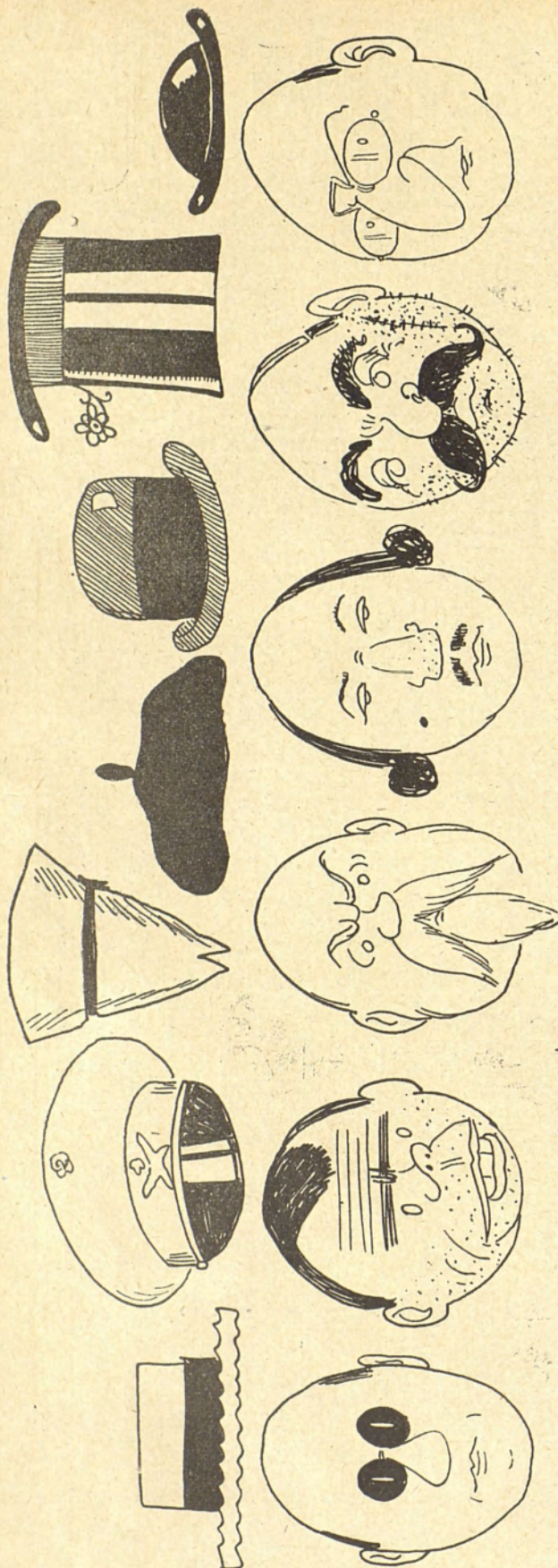
Como ustedes verán, aquí hay unos señores sin nada a la cabeza, excepto uno con cara de «esquinao» que tiene algo de pelo.

Estos ciudadanos huyen de la moda «sinsombrerística» como agua fría del gato escaldado, digo al revés, y llevan para ocultar sus respetables calvas los utensilios que ustedes ven dibujados ahí arriba. Pues bien, recortarlos, con más o menos cuidado, y péguenlos sobre sus respectivas cabezotas. Luego nos los remiten antes del 31 de este mes de julio, día en que se cerrará herméticamente este concurso.

El premio será como de costumbre en nosotros, de

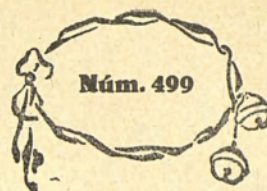
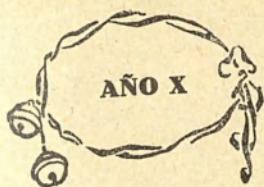
100 pesetas 100

N. del A. Advierto lealmente que sobra un «cubre cabezas».



Nombre del concursante

Nombre del solucionista



EL AMOR DE ETIQUETA

Era el *garçon* ideal: tipo apuesto, porte distinguido. Vestía el traje de etiqueta desde que se tiraba del lecho: había hecho del frac su pijama. Con su pechera almidonada y su cuello apajaritado atado con su lazo negro vivía las horas matinales del hogar. Sus buenos días eran una genuflexión; su despedida, una zalema. Era el camarero del gran hotel que hasta dormía en servidor impecable.

Hablaba el francés, chapurreaba el sajón, los platos italianos los pronunciaba con el dejo musolinesco correspondiente, y el alemán, aunque no lo comprendía, si el viajero tudesco, al tiempo que le pedía algo en su idioma, le indicaba el objeto o la vianda que quería, ni una sola vez dejaba de complacerle.

Sabía lo que era un *aiguillete de boeuf* con los ojos cerrados, y un potaje *crème dormido*, y tenía una competencia, en el orden gastronómico de los platos, que no le daba a usted un capón en la cabeza de un menú, aun pidiéndoselo de rodillas.

Por su solicitud y su atención se disputaban los clientes la ocupación de las mesas servidas por él. Sus guantes no se caían de sus manos durante el servicio, y aun así el pan lo cogía con pinzas.

Pero bajo su lustrosa pechera latía un corazón. Su coraza de almidón no fué suficiente para librarle de las asechanzas del amor, y se enamoró en términos de una mujer que los latidos de su pecho por la amada le abollaban la brillante superficie de la ca-

misa, y los suspiros le saltaban los pasadores de la pechera.

Y no fué lo malo que se enamorara, sino que su amor no era correspondido. En su lucha por conquistar a aquella mujer, su obsesión le hizo olvidar sus deberes. De servidor atento se convirtió en criado abandonado.

Daba los entremeses cuando el postre, servía las cerezas como entremés, se olvidaba del frito, y los huevos los servía estrellados, aunque los pidieran al plato, pasados por agua o en

tortilla, pues sistemáticamente los dejaba caer al suelo.

Escanciaba sobre el mantel, echaba la salsa en los hombros de los comensales y, en su anodadamiento, dejaba caer un guante en la fuente de la ensalada rusa.

Un día, por fin, en su lucha por hacerse amar por la ingrata, recibió una carta. La misiva era su desahucio, y la joven, por fin, le rechazaba, anunciándole que huía al extranjero con el hombre que amaba.

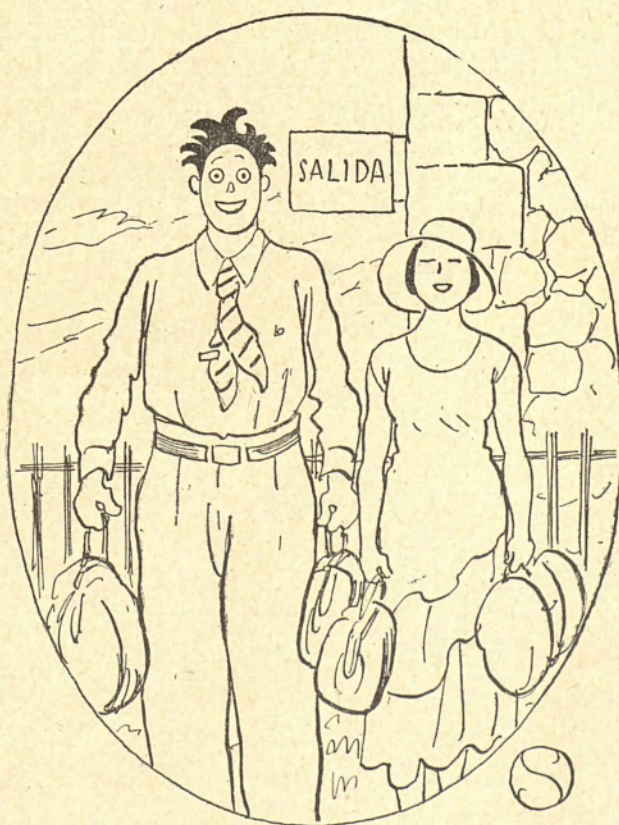
La impecable y etiquetada figura del camarero, desde el instante que recibió la carta, con tan duro golpe se tornó siniestra. Servía la comida en la trágica actitud de un Hamlet del servicio doméstico. Entre plato y plato leía y releía la carta de la infame golpeándose el pecho, salpicando el servicio de imprecaciones contra la ingrata.

Pero su obsesión era la misiva. De sus labios salía continuamente esta exclamación: «¡La carta! ¡La carta! ¡La carta!»

No hay que decir que tergiversó todo el servicio aquel día, mientras repetía como un autómatas: «¡La carta! ¡La carta!»

A última hora llegó un comensal que, al preguntarle si quería el cubierto, pidió la carta. El enamorado camarero, en su inconsciencia, le dió la de su amada.

Producía espanto ver los ojos desorbitados del parroquiano leyendo en alta voz: «Gumersindo: No puedo amarte. ¡Me voy al extranjero con un joven que me ha chalo!»



Dib. SILENO. Madrid.

ANTONIO PLAÑOL.

LA DESGRACIA DE FRANZ FROELINGEN

Franz Froelingen, bajo su aspecto de gigante furioso, ocultaba un alma de una delicadeza extraordinaria.

Era luchador de grecorromana.

Enamorado de su profesión, con ciento veinte «kilos» y dos metros de estatura, era feliz.

Era un niño en grande. Muy en grande. ¡Se tomaba las ristras de salchicha con un candor...!

Pero su profesión encerraba una gran tragedia. Fuera del tapiz donde luchaba, Franz Froelingen tenía la obligación de ser un hombre espantosamente monstruoso.

Le exigían las empresas que en sus naturales paseos sacase el pecho, escupiese en las esquinas y doblase los faroles con cualquier pretexto. En los contratos que firmaba existían cláusulas por las que se le obligaba a llevar fruncido el ceño y cerrados los puños con expresión de rabia durante dos meses, salvo en los momentos en que durmiese, en los cuales podía devolver a su rostro su habitual placidez, después de arrojar de su fisonomía la máscara falsa de su envergamenismo.

¡Cuántas veces tuvo que mal disimular sus verdaderas inclinaciones!...

En ocasiones, en que iba apretando los dientes y rugiendo, al pasar al lado de las mujeres y de los curas para amedrentarles, se quedaba extasiado contemplando a un niño de tirabuzones de barquillos dorados jugar al aro. Y las facciones de Franz Froelingen se ablandaban como si le desinflasen.

Y sonreía.

Y se acercaba al niño, que le miraba entre asustado y curioso.

Le pasaba la mano por la cabeza y le decía:

—¿Me quieres, monín?

—¡Uhhhh...!—hacía el niño.

Y Franz Froelingen sonreía complacido.

La mamá se acercaba escamada.

Apartaba al niño y decía al luchador:

—¿Qué le decía a mi niño?

—¡Oh, nada, señora! ¡Le acariciaba!—contestaba Franz.

—Pero ¿no es usted luchador de grecorromana?—insistía la señora.

—Sí, señora.

—Entonces no puede usted acariciar a mi niño. Usted no es un hombre, sino una fiera.

—¡Ah! ¡Es verdad!—comprendía él, y tomaba de nuevo el aspecto tremebundo exigido.

La señora le miraba asombradísima y le decía:

—¿Le gustan a usted los niños?

—Sí. Pero después tengo que tomar mucho bicarbonato para que me sienten bien—rugía Franz Froelingen, ya en su papel.

La madre abrazaba horrorizada a su hijo, le besaba los tirabuzones, como si quisiera comerse los barquillos, y echaba a correr con él.

Franz se les quedaba mirando, y una lágrima aparecía en sus ojos.

Pero inmediatamente tenía que reaccionar y escupir en una esquina para que le vieran tres muchachos que admiraban su atlética figura.

Un día le perdí de vista.

Y pasaron los años.

Lo menos cinco.

Y otro día, cuando menos lo esperaba, se presentó ante mí.

Me costó trabajo reconocerle. ¡Tan agotado estaba!...

—¡Franz!—le grité.

—¡Alfredo!... — me contestó y se arrojó en mis brazos abiertos.

Naturalmente, los dos caímos al suelo.

El, encima.

Tardé bastante tiempo en reanimarme.

Cuando lo logré, Franz me cogió del brazo y me empezó a contar sus desgracias.

Se había enamorado.

Ya llenaba su vida un nuevo amor que no era el cariño a la profesión (que cada día le daba más triunfos), sino un amor de viscera.

«Ella» era rubia, pequeñita, blanca y esbelta.

Se habían amado mucho. Tres años habían sido felices; pero un mal día desapareció ella.

El pobre Franz Froelingen la buscó por todas partes. Lloró, gritó, luchó consigo mismo y, por fin, supo vencerse en su dolor y buscó el lenitivo para su pena en su deporte.

Sólo vivía para luchar. Soñaba con llaves y presas, y su única ilusión era hacer sentir su habilidad y fuerza para vencer a todos.

Yo le oía en silencio.

De «ella» no volvimos a hablar.

Y una tarde, Franz y yo veníamos hablando (¡claro!) de lucha. Cuando, de pronto, ante nosotros una mujer dió un grito:

—¡Franz!...

Mi amigo se puso pálido, me oprimió el brazo y me dijo emocionadísimo:

—¡Ella!!

—¡Franz! ¡Perdóname! — insistió ella frente a él.

—¡Déjame!—suplicaba Franz.

—No te dejaré, no. Tienes que perdonarme.

Mi amigo bajó la cabeza y ahogó un sollozo.

Ella se adelantó y le echó los brazos al cuello.

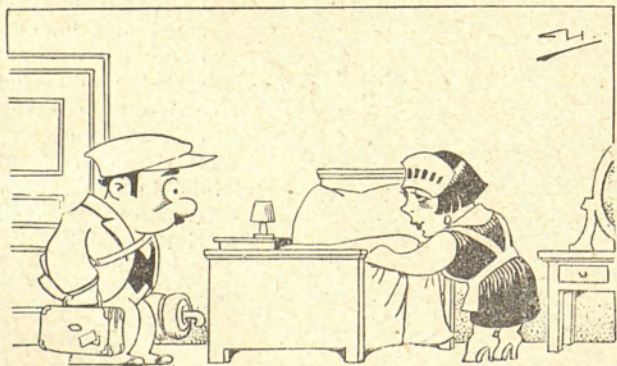
Y entonces sucedió lo inexplicable.

Franz Froelingen, al sentir el abrazo, agarró a la mujer por la cintura y tras de un precioso volteo, la derribó en tierra y la hizo colocar los hombros sobre la arena.

Yo me agaché, observando el combate, y cuando me convencí de que ella estaba vencida, saqué un silbato y toqué, dando al mismo tiempo unas palmaditas en la espalda de Franz.

Se levantó éste. Le di la enhorabuena por su brillante victoria y nos alejamos.

La muchacha, sentada en el suelo, con el sombrero ladeado y medio mareada, nos veía perdersen en lontananza con el rostro pintado de rouge y de extrañeza.

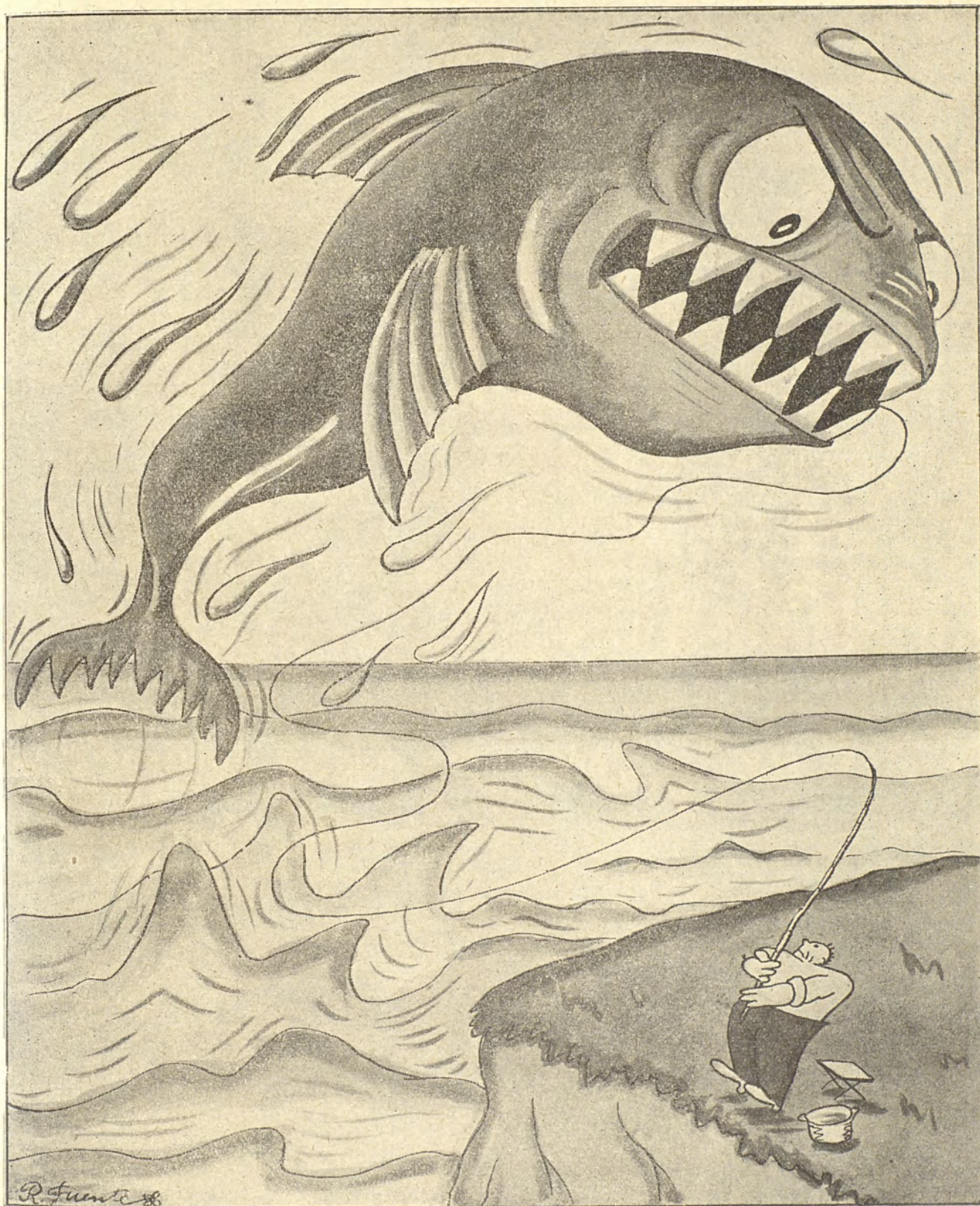


—Pero bueno, ¿cómo me han cobrado ustedes treinta pesetas por el baño, si no lo hay en el hotel?

—Es para instalarlo.

Dib. URDA, Barcelona.

ALFREDO MATILLA.



El campeón de lucha grecorromana va de pesca.

Dib, FUENTE, Madrid,

SECCION CIENTIFICA

INVENTOS, CONSTRUCCIONES DE ALTA MECANICA Y PRODIGIOS DE LA
MEDICINA, DESCUBRIMIENTOS QUIMICOS Y FISICOS Y
OTRAS TONTERIAS POR EL ESTILO

El inventor más genial de estos tiempos es un checoslovaco con barba gris que ha inventado un bastón para los días de lluvia.

El objeto de este bastón es empezar a estacazos y acabar haciendo trixas los barómetros que marcan buen tiempo cuando va a llover y le obligan a uno a hacer el ridículo saliendo a la calle sin paraguas.

¿No les parece a ustedes tan genial como a mí?

Ha terminado en Chicago la construcción de un aeroplano gigantesco destinado al transporte de viajeros conscientes entre esta población y Nueva York. El aparato, capaz para doscientas personas y tres policías, consta de cincuenta cabinas-dormitorios,

un salón de lectura, un bar (con pianola y todo) y una galería para admirar el paisaje y estornudar a gusto.

Además llevará *water-closet*, y, según tenemos entendido, se podrá utilizar este departamento hasta las mismas puertas de Chicago, lo que nos hace pensar amargamente en que no será el *maná* lo que les caiga del cielo a los que tengan la desgracia de hallarse debajo del aeroplano en determinados y encantadores momentos.

De todas maneras, la ciencia está de enhorabuena con adelantos como éstos tan rigurosamente bestiales.

En un libro de Química, de autor desconocido y ruso, acabamos de leer

que el alcohol, al quemarse, no produce chispas jamás.

Eso de que el alcohol no produce chispas no deja de ser una broma indigna que sería estúpido tolerar.

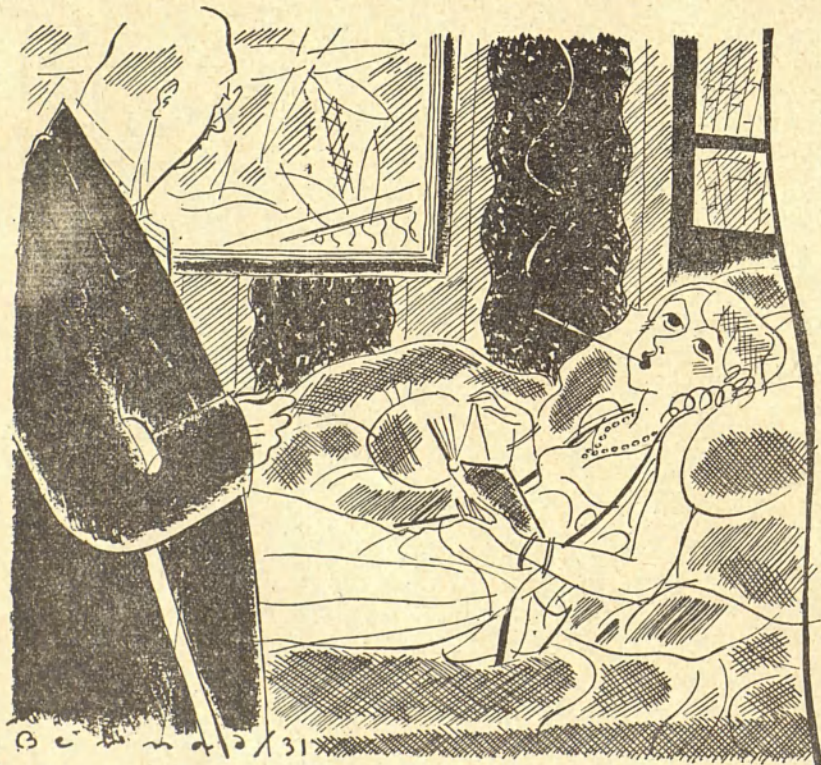
De modo que no la toleramos.

Leemos en el *Sterne Gjobenaven*, de Copenhague, un sustancioso telegrama en el que se dice tranquilamente que la Casa Singer está instalando la telegrafía sin hilos en todas sus sucursales.

No nos parece oportuno que una casa que vive de las máquinas de coser prescindiera de los hilos de esa manera; pero, en fin, allá ella.

Un sabio escocés, deduciendo lógicamente que en la tierra se dan plantas que producen diversos artículos comestibles (como la patata, el garbanzo, la chirimoya, la lombarda y la judía), y que puede haber alguna otra que todavía no esté descubierta, se ha puesto a trabajar afanosamente para ver si logra encontrar esa soñada planta y que produzca algo más succulento que lo producido hasta el día.

Y después de dos años de meditar y de no dormir y de no lavarse la cara ni la cruz, el distinguido sabio ha hecho un descubrimiento, que calificamos de sensacional, no porque



—Yo, hija, lo que temo es que Juan te pretenda tan solo por el dinero.
—Eso sí que no, papá. De Juan no puedes decir eso. Su desprecio por el dinero es tal, que en su vida ha ganado un céntimo.

Dib. BERNAD, París.

OROCREMA
JABON DE ALMENDRAS

USELO
ES EL MEJOR TRATADO
DE BELLEZA DE LA PIEL

ES UN PRODUCTO DE
**LOS PERFUMES
DE TASARA**
BADALONA

lo sea, sino porque nos sale de las narices.

El repetido sabio (¡agárrense ustedes al pasamanos de la escalera, porque, si no, se mñatan!) acaba de descubrir las plantas que producen los quesos.

Y que son, ni más ni menos, que las plantas de los pies.

¿Lo habían ustedes adivinado?

—¡Hombre, pues me alegro, porque así no tengo necesidad de seguir escribiendo sobre un asunto que, en realidad, es más pedestre que lo que ustedes y yo tenemos convenido tratar en estas páginas!

Un famoso metalúrgico de Basilea nos sorprende con la abracadabrante noticia de que ha descubierto que el latón no es lo que hasta la fecha hemos creído todos que era.

Resulta que el latón es otra cosa.

El latón es un sermón en latín.

¡Y, vive Dios, que estamos por reconocer que no podía ser más que eso, y que somos unos estúpidos por no haberlo adivinado por nuestra cuenta!

Se ha dicho últimamente que una de las operaciones más sensacionales de Voronoff había consistido en injertar glándulas de mono a un loco, y que el loco se había curado.

Debidamente informados, podemos asegurar, cejijuntos y rotundos, que eso es mentira.

Lo que ha sucedido es que el loco, después de injertarle las glándulas de mono, se ha convertido en mono-maniaco.

Es decir, que estamos casi igual que antes.

Cerramos hoy nuestras observaciones científicas con la siguiente noticia, que acabamos de recibir gratuitamente:

La fabricación de sombreros suele tener un considerable aumento en los países nublados. Por ejemplo, Inglaterra confecciona veinte millones más de sombreritos al año que Egipto.

Por eso no les debe extrañar a ustedes que en Inglaterra el cielo esté casi siempre cubierto.

Lo raro sería que no se cubriese el cielo con tantísimos sombreros de sobra.

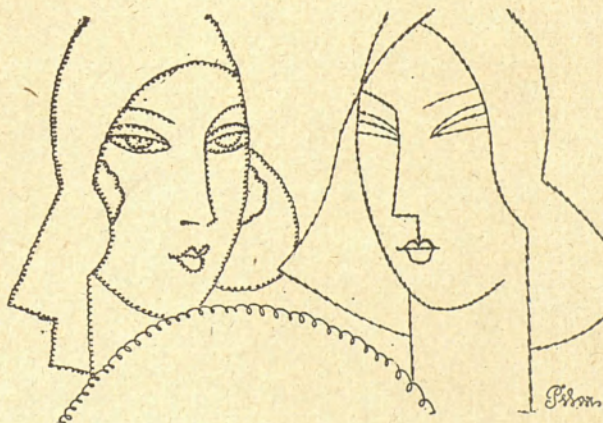
ERNESTO POLO.



—¡Si viera usted con qué entusiasmo trabaja mi marido cuando piensa en mí!

—Ya lo vi esta mañana cuando apaleaba la alfombra.

Dib. TAULER, Madrid.



—Mi tela favorita es el glasé marrón.

—Pues a mí me gusta más el marrón glasé.

Dib. PILAR, Madrid.

LA SALVACION DE LA PATRIA REGIONES A LA MEDIDA

«A instancias de la provincia de Alicante se ha intentado la formación de la región sudeste.»

(Noticia publicada en la prensa de hace unos días.)

Hemos leído lo anterior en los periódicos, y hemos cogido la pluma para señalar con tinta en el mármol de la historia un hecho como éste, de incalculables alcances. No hubo en la historia nada, hasta el presente, que pueda ser comparado con esa iniciativa extraordinaria. El hecho es de una importancia capital y marca, sin disputa, un paso considerable en el progreso. ¿Por qué empeñarse siempre, como antaño, en quitarse las tierras uno a otro? ¿No es mucho más conveniente hacérselas? ¡Está claro!...

Tiene tal sencillez esta ocurrencia que asombra cómo jamás pudo ser descubierta antes de ahora. Pero las verdades necesitan madurez, lo mismo que los frutos, y no había, realmente y bien pensado, sucedido en la historia lo bastante para que pudiera brotar y madurar en la conciencia de los hombres esta idea. Esta es una ocurrencia de postguerra.

La guerra planteó, por boca de Alemania, el conflicto de que la tierra era pequeña.

«Alemania — decía Alemania — tiene un cerco de hierro en el pecho, y no puede respirar ni expansionarse.»

Le hacía falta ampliar el dicho cerco ajustándose al meridiano que pasa por París. De ahí la guerra.

Pero no era plan, es claro: los territorios que Alemania necesitaba para respirar a sus anchas los necesitaba el vecino para respirar a secas y poder ir viviendo y respirando. Por eso el resoplido y por eso la colisión.

¿Qué ocurrió con el conflicto de la guerra? Que Alemania no sólo perdió tierra, sino que perdió alimentos, y carne propia, y aire... Quería tener más tierra, y se encontró sin patatas, sin café, sin leche y sin huevos.

¿Qué hizo, en vista de eso? Inventarlos, fabricarlos. Hizo café sin café, huevos sin huevo... La leche, desde entonces, por ejemplo, sirve para hacer medias de seda... El serrín para hacer leche; el carbón para hacer madera, y el ingenio de los químicos para hacer cartón prensado y químicamente puro con las sobras de las medias, de la leche, de los huevos y del café...

Lo mismo puede hacerse con las tierras. Va a ser mucho más fácil y mucho más económico. La conquista de las tierras no tiene ya actualidad; es un procedimiento anacrónico; de antes, de cuando el conquistador era un producto escaso en el mercado. Pero ya los conquistadores han ido conquistando palmo a palmo todo el globo, y no hay palmo de tierra sin su conquistador.

La idea del reparto ha venido en estos tiempos a sustituir a la otra, a la de la conquista. Era forzoso. Cuando no hay tierra sin conquistador y, en cambio, hay conquistadores sin tierras, se impone la avenencia y el decir: «Me llamo a la parte, compadre.»

No es científico, no obstante, ese recurso: el conquistador que hoy reparte hace un cálculo y se dice: «Tanta tierra, tantos hombres; tocamos, pues, a tanto.» Pero al cabo de tres generaciones hay nuevos conquistadores, y ya no tocan a tanto... Y no sólo ya no es tanto, sino que no es ni bastante... La tierra siempre es la misma, y los terratenientes, empero, muchos más...

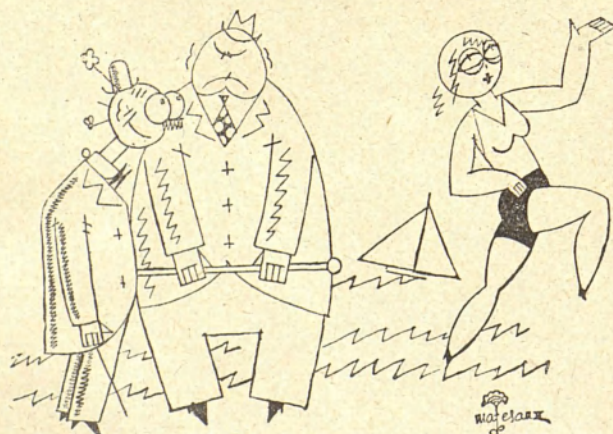
No queda, pues, más remedio que inventar nuevas regiones.

Los hombres ahora ya, cuando quieran tener su región, se la formarán a su gusto y se la formarán además en el sitio que les convenga. ¿En el sudeste es mejor? Pues ¡hagamos el pedido!: «Necesitamos región completamente típica, de nueva creación, pero acorde con los datos regionales de auténtica creación, que le adjuntamos...»

Habrán un comité de técnicos y una fábrica especial de regiones a la medida. «La queremos con lengua ancestral—dirán los peticionarios—; con palmeras, con arroz y con mediterraneismo.» O bien: «Precisamos región celta, a ser posible, con fueros y con gramática propia.»

Las relaciones políticas se simplificarán de este modo en grado sumo. Las regiones andaban ahora queriendo convencer a medio mundo de que su región actual era como ellos querían, como ellos querían que fuese. Y la demostración no era fácil. Ahora, en cambio, ya todo será sencillísimo: que cada cual se haga su región, y ¡punto concluido!...

Puede salir de ahí, sin duda alguna, la salvación de la patria. El día que cada región se diga: «Dejémonos ya de disputas... Formémonos la región como a nosotros nos plazca... Si la región no está hecha, hagámosla, y ¡en paz!» El día que eso se digan, habremos resuelto el problema.



—Mire usted qué belleza y qué finura de líneas.
—¡Es mi esposa!
—¡Hombre! Pues cuando se muera usted me casaré con ella.

Dib. MATESANZ, Madrid.

MANUEL ABRIL.



Castany

—Y para esta noche, doctor, ¿qué le preparamos al enfermo?

—El traje de levita.

Dib. CASTANY, Barcelona.

MAPA SENTIMENTAL DE "EL RETIRO"

ORIGEN DEL PARQUE PÚBLICO.

¡Todos los parques públicos qué iguales y qué distintos, caramba! El Hyde Park, el Bois, el Retiro, la plaza de las Salesas...

El esfuerzo ordenador del hombre clava sus árboles, siembra sus plantas, se lía a hacer ¡rillis! con un lápiz para trazar los caminitos muy hacia aquí y hacia allí y ahora por este lado que pasan coches, compra luego unos pocos de pájaros, los cien niños rubios y la docena de guardas con bigote, ¡y ya está el parque!

Vemos el parque hecho y no se nos ocurre más que llevarnos todas las flores. Ni siquiera pensamos: «¿Y cómo fué aquello de construir parques?» Porque hay cosas que tienen interés, y ésta es una.

El hombre, cuando terminó de construir la ciudad y se vió rodeado por todas partes de casas y casas y casas, tiró la herramienta, lió un pitillo y se dijo con espanto:

—Bueno, Fabián. Y ahora, cuando necesites trepar a un árbol como tus abuelos, ¿cómo te las apañas?

Porque en la ciudad, claro, había de todo menos Naturaleza. Casi no hacía falta decirlo.

Y entonces fué cuando vino aquello de construir parques, que no son otra cosa que incisos de Naturaleza en el poema industrial de la ciudad. Hay que fijarse.

Se puede afirmar que en este aspecto de la actividad humana hemos llegado a una perfección asombrosa. Los alemanes venden por un puñado de marcos parques completísimos con verja, oxígeno nuevo y abundante, estatuas célebres, poetas de primave-

ra y otoño, mirlos de Hilderberg y militares retirados que mueven la cabeza y dicen cada diez minutos:

—El día que Bismark nos reunió...

O:

—Gobernando el general Concha...

Según el país, naturalmente.

EL RETIRO. UN POQUITO DE HISTORIA.

—¡Teresa!, haz el favor de traerme el «Espasa». La R, ¿sabes?

—¿El «Espasa», hijito?... ¡Y los dos platos que hemos cenado durante toda la semana?

—¡Atiza!... ¿Qué pongo yo ahora?

—No pongas nada y te harás simpatías.

—Tienes razón. No pongo nada.

REFERENCIA SENTIMENTAL.

Sentimentalmente hablando, el Retiro es el primer sitio donde nos impusieron una multa coincidente con la grata compañía de una modistilla. Esto, a los diez y siete años, con el pantalón bien planchado, Maura en el poder y lejano todavía el fantasma de la calvicie.

Es, también, la epístasis más caudalosa de mi vida, lograda por el puño aburguesado y empírico del suegro en proyecto (¡Qué bestia era usted, mi querido don Paco!) Esto, algo más tarde. Hacia las siete y media.

Y es, por último, porque tenemos muchas cosas de qué ocuparnos, aquel asfixiante rebaño de estacazos con que se solucionó un conato de adulterio, único y escayolado.

Y vamos a ver si trabajamos un poquito en el mapa.

LA GRANJA EL HENAR.

Este importante núcleo ciudadano, uno de los más atrayentes del parque, está integrado exclusivamente por amas de cría y agarridos milites del cuerpo de caballería y de Lugo. Se le ha bautizado así por la misión altamente, mejor dicho *anchamente* alimenticia que en sus reuniones cumplen las damas. Es un mundo algo difuso. Suelen instalarse en amplias plazoletas. Dijérase que ellas, en su furor asimilativo de especies en ceba, proyectan su ansia de arrendamiento a los sitios donde viven. De aquí que nunca se las encuentre en los caminitos rectos, que ceden despectivamente a la humanidad lineal de la «miss» y la «nurse». Las amas no se encuentran cómodas mas que instalando sus posaderas prehistóricas en los trescientos sesenta grados de la plazoleta.

EL CAMINITO DE LA VIUEDAD.

Este, tan silencioso y tan apartado es el caminito de la viudedad. De la viudedad civilizada, entendámonos. Porque no es igualmente viuda la viuda de Monforte que la viuda de Copenhague. A la viuda periférica, luego de encuadrarse de negro, ya no le resta más que encargar una ampliación de su fenecido compañero, colgar la ampliación para que las moscas tengan un sitio elegante donde anidar, y sentarse frente a la ampliación en compañía de unas maderas y una aguja, para ir tramando complicadas cadenetas de puntos y de suspiros. La viuda urbana, por el contrario, tiene una ruta muy distinta para su dolor. Quedan algunas que siguen ampliando las *guías abrochador* de su marido, pero el gran caudal de viudas acude todas las tardes a este caminito, que se trazó para que ellas cumplan su triste deber decorativo.

Vedla: paso lento y vacilante, ojos sumidos en el paréntesis de las ojeras, que sólo miran la marcha de las hormigas, el vuelo de los pájaros y la estampa de las flores.

Si de pronto sonara la marcha de Chopin, la angustia sería estranguladora.

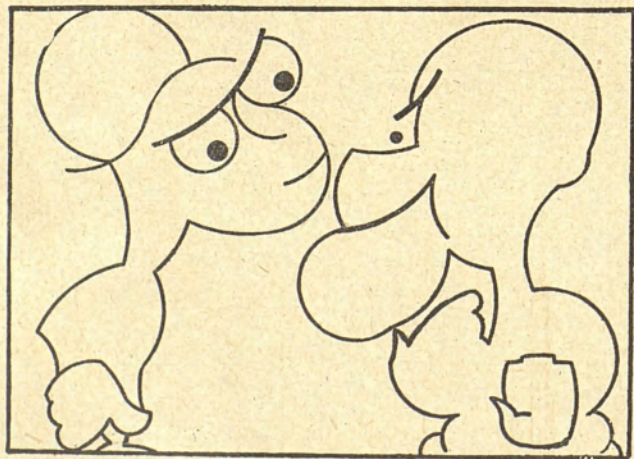
Alguien se acerca a saludarla. Hablan. ¿Una invitación? Salen juntos del parque...

¡Pobre hombre, la cantidad de bocadillos que va a pagar!

EL SENDERO DEL JUZGADO.

En este caminito todo es sonriente, cordial, acogedor.

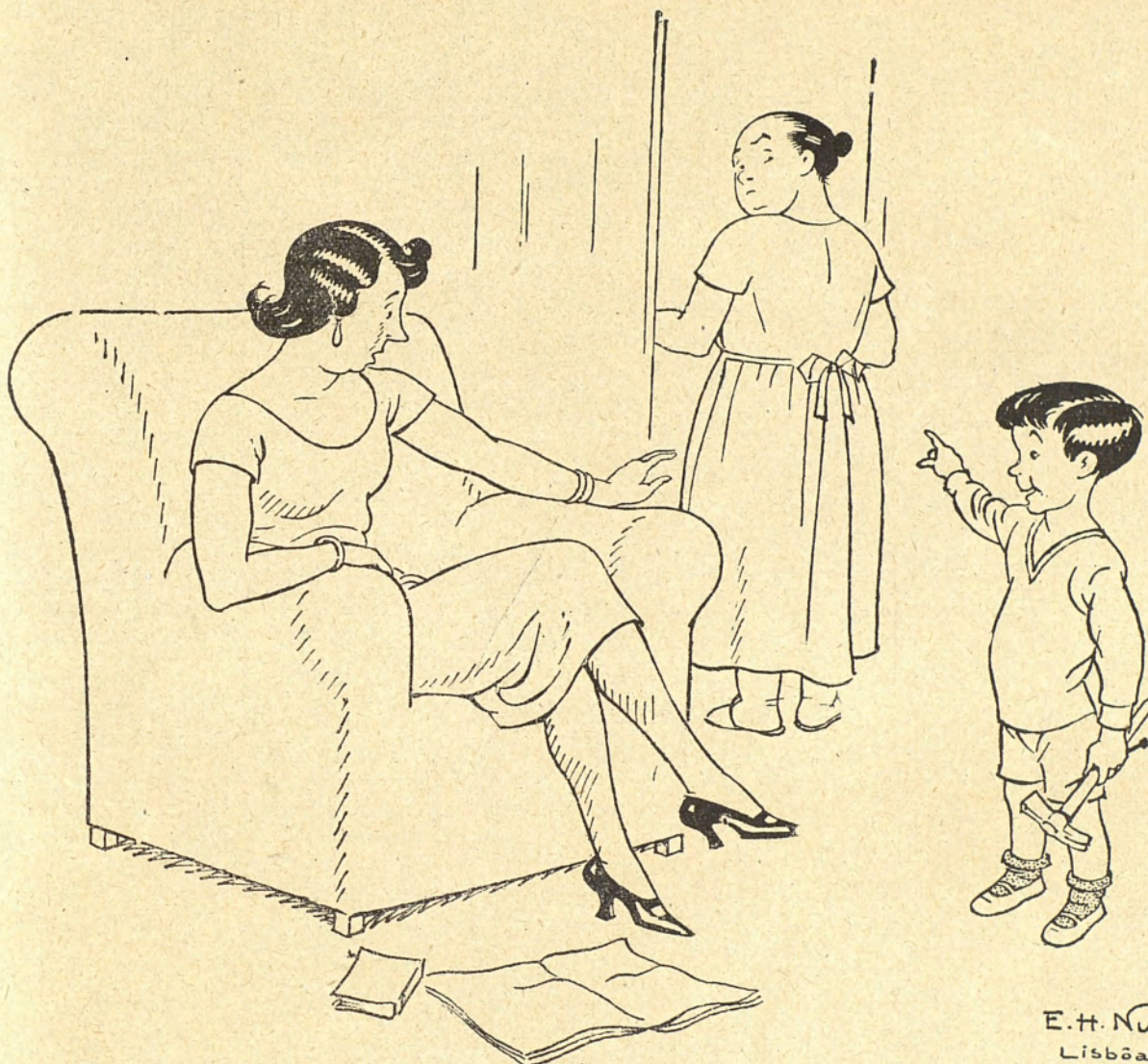
En sus orillas brotan flores lindísimas—esas flores desdichadas que



—¡Le digo a usted, señora, que yo soy tan bueno como el pan!

—Sí, ya veo que tiene usted cara de mendrugo.

Dib. NACHÚO, Santander.



E. H. Nunes
Lisboa

—¡Te vas a dar en los dedos con el martillo, Juanito!
—No tengas cuidado, mamá, va a sujetar el clavo María.

Dib. NUNES, Lisboa.

hacen exclamar a las jefas de negociado, erisipeladas de lirismo: «¡Qué preciosas, parecen mismamente artificiales!»—y los árboles con mayor volumen de hojarasca. Hay un mirlo discípulo de Iribarne y un rayo de sol poniente primera medalla.

Los bancos, estratégicamente instalados, ofrecen a las parejas su lomo cómplice, como esos ayudas de cámara de la comedia elegante, que saben puntuar sus contestaciones con un «¡Señor!» respetuoso y servicial.

No existen niños que vengan a colgarse de las perneras de los pantalones y que, encañonándonos con su dedín de confite, exclamen:

—¡Mamá!..., ¿cómo deja ese señor tan glandote que le bese su hermanita?...

Es como un retal de Arcadia, pero... ¡cui-da-do! ¡Mucho cuidado, ciudadanos, que al borde de este sendero, cuando menos se espera y más molesta, brota una flor áspera e ingrata: el guarda. Un guarda cejijunto, airado y sin lastre cinematográfico, que, invocando poderes de la moral convenida y esgrimiendo reglamentos, bandos y artículos del Código penal, cae sobre el vuelo romántico o la escena gretagarbiana y ya no para hasta que en el Juzgado municipal, unos jueces objetivos y con cara de sueño, ponen en el tobillo del amor el liviano grillete de las trenita o las treinta y cinco pesetas con que la moral se considera suficientemente reintegrada.

¿CRUZAMOS EL ATLÁNTICO?

Hay en la figuración marítima del estanque grande así como un anhelo trasatlántico.

Y en los días de viento, en que la superficie unánime del estanque se adorna con rizos y ondulados pretenciosos, las olitas municipales corren con más ahínco, como queriendo evadirse del centralismo arbitrario para ganar el prestigio del litoral.

Sale el barco... y como a las cinco y media me están esperando en Canillejas, un servidor se encarama en un cuatro y desaparece.

Otro día les contaré a ustedes eso del barquito.

LUIS PIELTAIN.

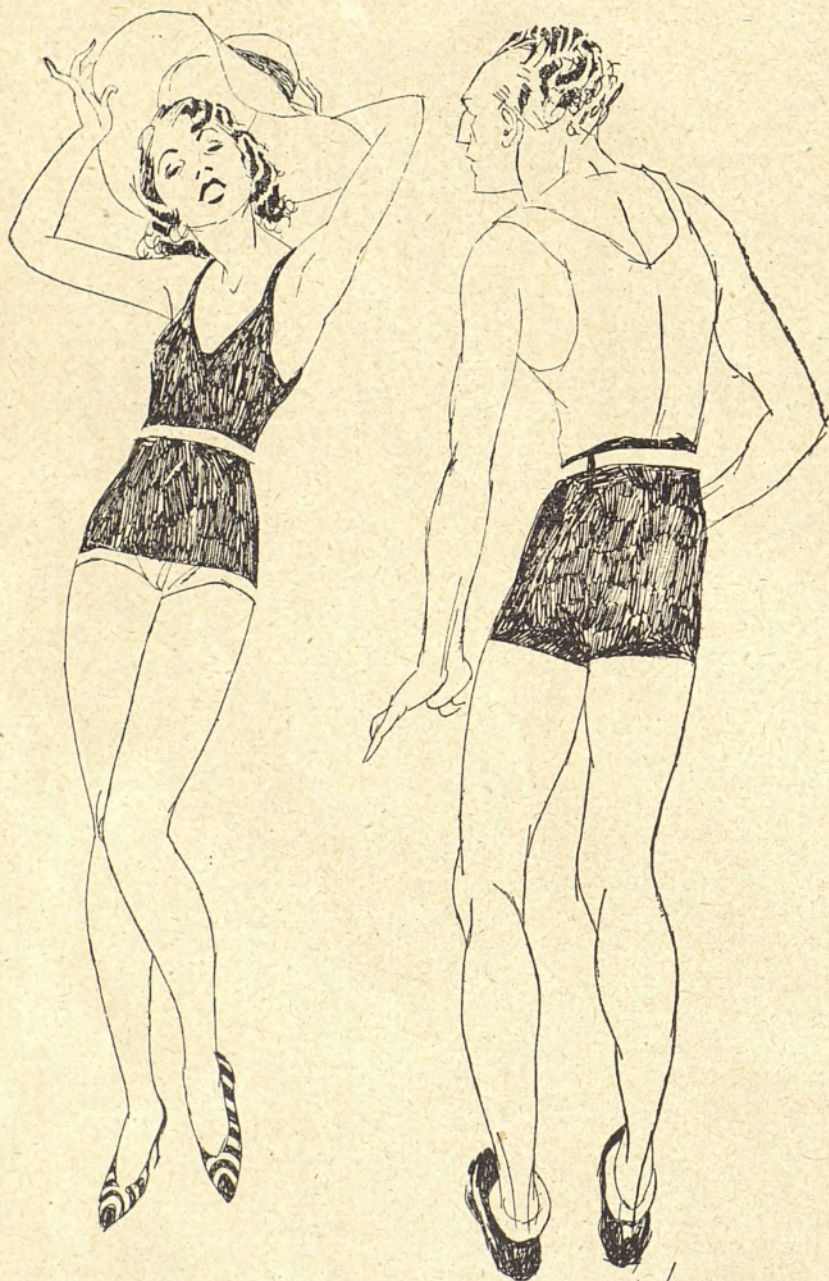
¡BUEN VIAJE!

Ya que Pura y Casta Micho
piden hoy, por un capricho,

que les haga a las indinas
unas aleluyas finas

noticiando a los lectores
su excursión a Valdeflores,

allá van mis aleluyas,
que más bien parecen suyas:



Ella.—¿Hace usted el favor de decirme como está el agua?
El.—No sé; sólo bebo champagne.

Dib. FORGUES. Valencia

«En vísperas de su viaje
preparan el equipaje.

Como canta el vagabundo
sus miserias por el mundo,

junto al mundo a medio hacer
cantan himnos de placer.

Se dejan la ropa fina
guardada entre naftalina.

A la viuda de Camorra
la encomiendan la cotorra

y le dejan la minina
a un pariente de Marquina.

Un buen *taxi* de un tirón
la conduce a la estación.

Como son tan conocidas
y de todos son queridas,

un público distinguido,
llorando a moco tendido,

las despide, y junto al tren
queda un charco en el andén.

Entre los despedidores
no está su amigo Luis Flores.

Y no ha bajado ligero
porque está en Navalcarnero.

Si hubiera en Madrid estado...
tampoco hubiera bajado.

Y no sé más que lo dicho
del viaje de las de Micho.

¡Qué realicen su proyecto
sin chocar en el trayecto...,

aunque son veraneantes
que chocan por lo chocantes!

Pediránme al regresar
que las vuelva a jalear;

pero yo, muy satisfecho,
las diré que no hay derecho...,

pues son falsas, aunque apenas
se distinguen de las buenas.

Cual monedas sevillanas
son, lector, estas hermanas,

que yo, que no cojo pítimas,
distingo de las legítimas

en los puntos del anverso
y el óvalo del reverso.

Y realizado el capricho
de las señoras de Micho,

las hago así con la mano
hasta el final del verano,

tras de echar *este borrón*
(con malévolos intenciones)

escribiendo a instancias suyas
las presentes aleluyas.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.



—¿Este es mi retrato? ¡Pero si le ha salido a usted el general Riego!
 —Sí. No se apure. Ahora voy a pintar al general Riego, y me saldrá usted.

Dib. SAMA, Madrid.

LOS MALOS NEGOCIOS

EL LABERINTO ENDEMONIADO

Alzabase el barracón fuera del recinto verbenero, bajo los árboles del parque que amortiguaban el griterío de la muchedumbre, el tañir de las campanas y el picado sonoro de los organillos. Le envolvían las sombras húmedas de los árboles y era, en su soledad, como un despreciado de los carruseles, los «tiro-al-blanco», las rifas y las exposiciones de monstruos humanos, marinos o terrestres.

Sobre la puerta unas titulares en rojo decían: «Al Laberinto Diabólico»; otros carteles más pequeños, escritos a mano y colocados a capricho sobre las lonas que fingían amplias y plegadas cortinas de terciopelo azul: «Entrada, diez céntimos. Hoy mitad de precio», «Verdadera gruta infernal», «Arte y emoción», «Trucos sorprendentes», y, por último, en lugar bien visible, bajo el reverbero de acetileno, uno, que de-

cía solamente: «Se traspasa este negocio».

Al aproximarse a los escalones de madera, el hombre disfrazado de diablo que dormitaba en espera de público, se desperezó lentamente.

—¿Quiere usted entrar, caballero, o quiere usted saber las condiciones del traspaso? Yo soy el dueño.

Sonreí.

—Nada más que entrar—dije.

El hombre hizo un gesto de desconfianza y advirtió luego:

—No será broma ¿eh? No me hacen gracia las bromas. Si está usted dispuesto a entrar, bien; pero si entra, compórtese como una persona educada. Y no se disguste porque le haga esta indicación. Es que la otra noche...

Hizo una pausa.

—La otra noche estuvo a punto de suceder algo desagradable.

Y después, a instancias más, añadió:

—Vinieron varios jóvenes e hirieron a uno de mis empleados. Pura broma, sí; pero una broma que pudo costarles cara porque...

—Continúe.

—¡Porque yo soy el Diablo!

—Muy gracioso.

—¿El qué?

—Eso del Diablo. Realmente la caracterización es buena, pero...

—¡No hay caracterización!—gruñó el hombre—. Este rabo es natural y estos cuernos y esta piel roja.

Parecía estar convencido de ello. Su voz tenía un acento sincero, grave, y el rostro no reflejaba el menor gesto de ironía.

No quise contrariarle.

—Da lo mismo—afirmé.

Pero aquello le indignó más.

—¡No da lo mismo, señor! ¡Aún hay categorías! ¡Y un Diablo será siempre un Diablo!

—Indudablemente.

—Pobre, pero Diablo—insistió—. Que yo tenga que ganarme la vida de una manera miserable, intentando entretener al público de las verbenas no dice nada en contra de mi condición demoníaca. Al revés: elegí este negocio y no otro por considerarlo compatible con mi naturaleza. Una gruta misteriosa, llena de peligros, de visiones espeluznantes, de horrores ultrahumanos es lo más parecido al Infierno.

—Cierto.

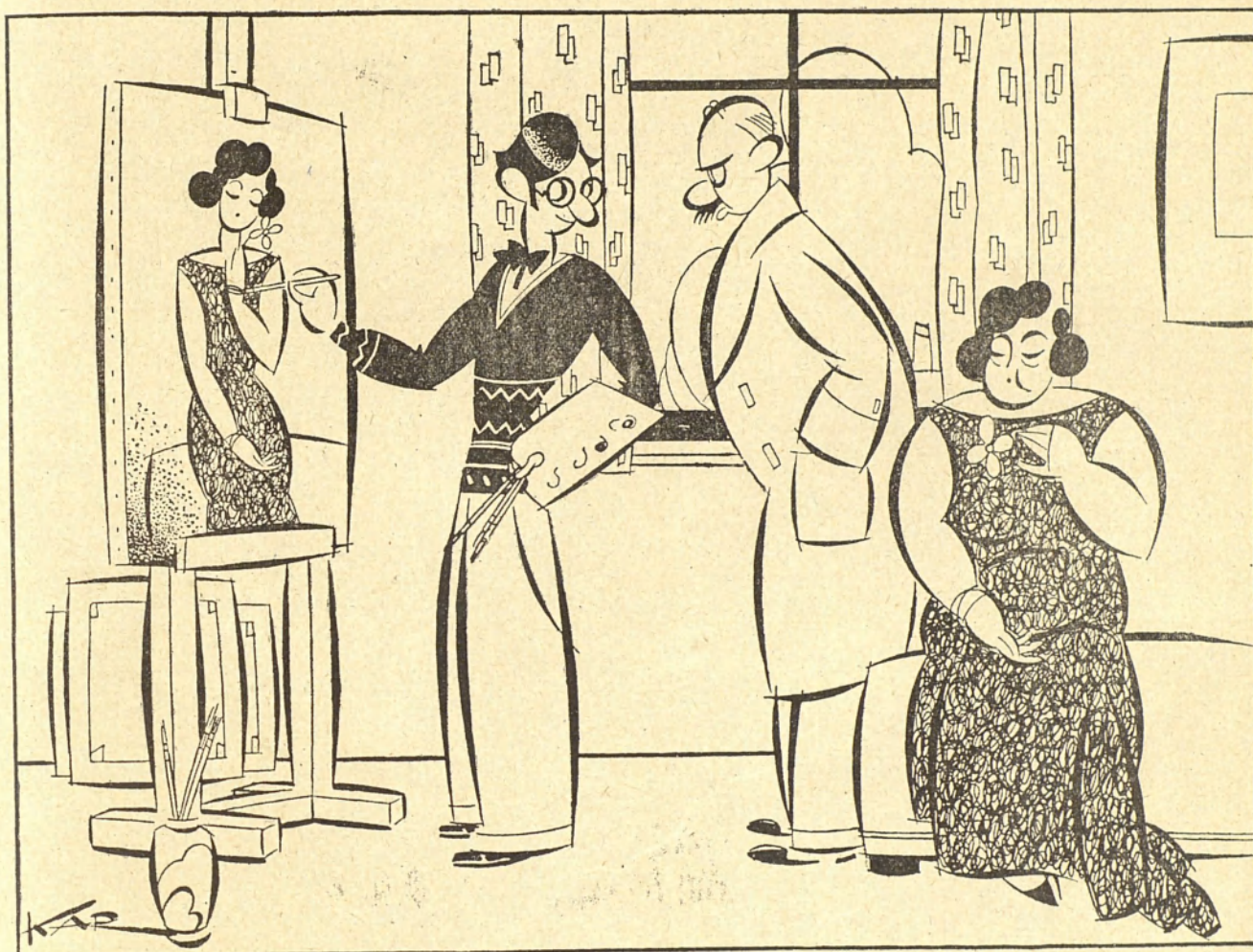
—Sin embargo, esta barraca no interesa a nadie, absolutamente a nadie, y si alguna persona—cosa rara—se decide a entrar en ella no es precisamente para conmoverse ante el espectáculo ni para admirarlo, sino para romper cuanto encuentre al alcance de su mano, dar gritos que me aterran a mí mismo, reír a carcajadas, y hasta en ocasiones, como sucedió la otra noche, para acometer al pobre muchacho que hace de Caronte en la Laguna Estigia. Por desgracia los hombres actuales son unos inconscientes. Se burlan de todo y en todo encuentran eso que llaman truco. El día que para convencer a varios arrojé lumbre por los ojos, rieron como idiotas y hasta hubo quien dijo que conocía unos encendedores iguales a mi cabeza. Los esqueletos que de improviso aparecen en los recodos de la gruta son para ellos motivo de hilaridad y aseguran que están fabricados con cartón-pie-



—Ha muerto mi amigo Enrique y ha dejado a su mujer medio millón de pesetas. ¡Cómo te gustaría ser su viuda!

—No, guapo; preferiría mejor ser la tuya.

Dib. SÁNCHEZ VÁZQUEZ, Málaga.



El marido.—¿De veras ve usted así a mi esposa?

El pintor.—¡Sí, señor!

El marido.—¡Dichoso usted!

Dib. KAR, Valencia.

dra; los cuatro diablos que saltan y se revuelcan entre las llamas son también, según dicen, maniqués articulados; la bruja encadenada, un hombre; los murciélagos, mochuelos, lagartos, arañas gigantes y dragones de siete cabezas, juguetes mecánicos de no muy acertada imitación... Dicen que el espectáculo no vale dinero alguno y reclaman el importe de la entrada. Ha habido quien me ha denunciado a las autoridades por creer que yo desinfecto la barraca con azufre. ¡A qué querrán que huelga la mansión del Demonio! Y quien ha intentado arrancarme el rabo de un tirón, y quien se ha llevado, aprovechando un descuido mío, el tridente que heredé de mi buen

padre... ¡Un horror! Estoy cansado de esta vida mísera.

Suspiró.

—He decidido—añadió luego—desahacerme del negocio y sólo espero que se me haga una oferta, que aceptaré, por muy baja que sea. ¿Sabe usted de alguien a quien pudiera convenirle?

Denegué con la cabeza.

—Lo imaginaba. Estoy seguro de que no encontraré nunca un comprador. ¿Pero es que esto no es un negocio serio?

—No—repuse casi inconscientemente.

—¿Ha dicho usted...?

—He dicho que no—me vi obligado a repetir.

—¿Luego usted tampoco cree nada de lo que le he referido? ¿Usted cree,

entonces, que yo soy un farsante, un charlatán?

—Hombre, yo...

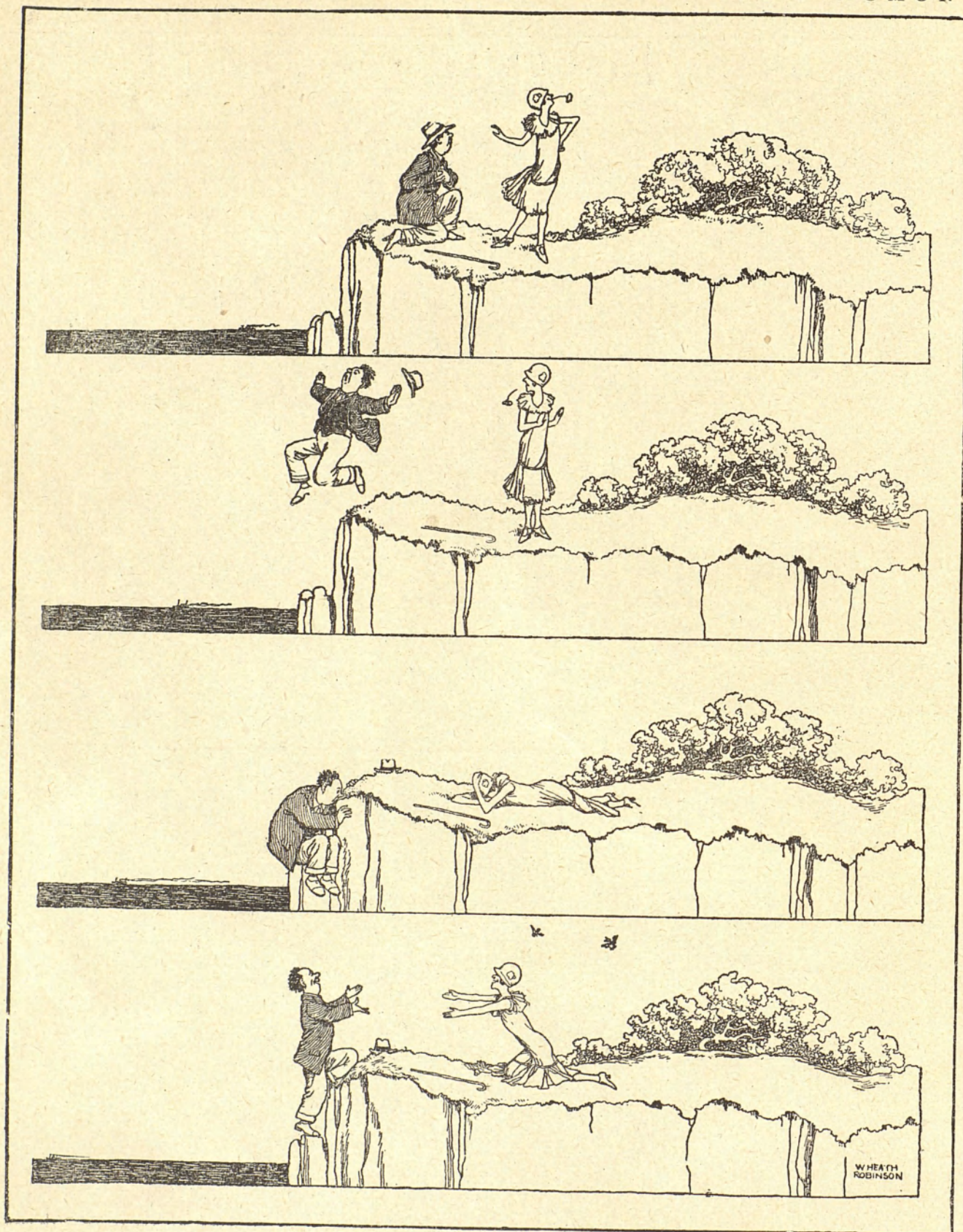
—¡Sí; confíeselo! ¡Usted es también de los de los trucos! Pues ¡fíjese!

Desmesuró los ojos. Algo como dos llamas brotaron de ellos. Pero... ¿llamas de verdad?

—¿Y ahora? ¿No se convence aún, imbécil? ¡Márchese, márchese pronto!

Retrocedí unos pasos. Como el hombre continuara en actitud agresiva, seguí retrocediendo, y luego, sin prisa alguna, di media vuelta y me encaminé hacia el círculo luminoso y lleno de humo de la verbera.

José SANTUGINI



LA CONQUISTA.—Dib. ROBINSON de *The Humorist*.

CORRESPONDENCIA

MUY PARTICULAR

Pito Reo Gordo (Sanlúcar de Barrameda).—No son aprovechables, en ninguna forma humana, sus «Camelos sindicalistas».

T. L. V. (Madrid).—¡Es usted un villano émulo del rebelde y antiguo Morral!... ¡Qué crimen tan nefando y dinamitero, qué atentado más protervo el de sus azuladas y abundantisimas cuartillas!...

S. M. L. (Cádiz).
Pues bien: no nos da la gana publicar esos versitos que usted titula «A Marianas», porque son asaz tontitos.

G. H. D. (Salamanca).—Es estúpido y un tanto petulante. ¡«Sus» y al cesto!

A. P. Z. (Oviedo).—No nos interesa ni tanto así que se haya muerto su señora suegra. Puede que nos hiciera alguna gracia si fuese la nuestra, pero siempre que no fuera usted el encargado de referir el drama, por la elocuente razón de que los refiere usted muy mal.

Federico (Alicante).
Sin que nadie me lo mande, digo aquí que Federico es un solemne borrico espantosamente grande.

B. M. J. (Madrid).—Sus suavisimas cuartillas no tienen aprovechamiento correcto en esta santa casa.

Luis Pérez (Alcázar de San Juan).—El «original» que usted nos remite no tiene más defecto que uno: que no es original; ni, por desgracia, podría serlo nunca, lo remita usted donde lo remita.

Un cura. (Sevilla).
Su cuento es una basura.
¡Se lo jura este otro cura!...

B. P. A. (Bilbao).—Eso de los anuncios ya lo hemos hecho aquí innumerables veces, con el salero que Dios se ha servido adjudicarnos. Sobra, por tanto, su cooperación a una tarea que tenemos suficientemente dominada.

J. P. C. (Huesca).—Sí, señor. Con un solo cupón puede usted enviar, en una remesa, varios chistes, pero sin abusar... ¡Porque si se le ocurre mandar de una vez setecientos cincuenta y nueve, excuso decirle la catástrofe que desencadena usted sobre nuestras débiles cabezas!...

Cataplún (Santander).
Estimado Cataplún:
no sea usted tan atún.

J. B. F. (Zaragoza).—Admitimos, y entra en turno de publicación, su última chirigota

baturra. ¡Salud y fraternidad, recuerdos al Ebro famoso y lo que usted quiera a la Pilarica!

M. F. P. (Madrid).—No nos place, ni puede placerte a nadie, ese proceder infame del envenenador protagonista de su honrado relato. ¡Un marido que le da morcilla a su mujer!... ¡¡Asesino!! ¡¡Criminal!! ¡¡Al cesto!...

G. de A. (Barcelona).
Su cuento municipal es un «tostón» colosal que empieza la mar de mal y que, ¡ay de mí!, acaba igual. Y decimos igual, porque peor es manifestamente imposible.

F. D. V. (Vigo).—Su tristísima lamentación se titula «¡Era ella!...»
Ahora bien: después de leída es cuando va a ser ella, porque la vamos a hacer cisco en

medio de un escándalo y de unos insultos a la salud de usted, como no tiene usted ni la más leve idea.

Albino (Cartagena).
Asusta por lo cochino el cuento que manda Albino.

Tomás (Cáceres).
Eso es muy malo, Tomás, y al cesto ahora mismo vas.

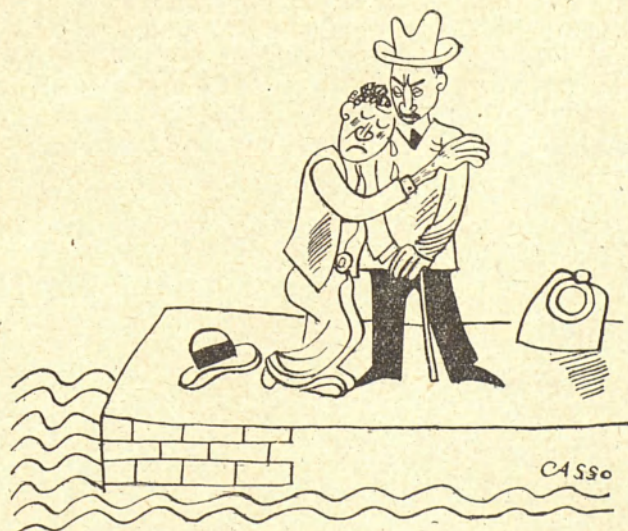
Wu-Chang-Fu (Hong-Kong y Madrid).—¡¡Chino y cochino!!

Canuto (Segovia).
Tres defectos de Canuto: que es bruto, «bruto» y «muy bruto».
Y hasta juraríamos que tiene otros cinco o seis defectos más, semejantes en un todo a los mencionados.

J. C. V. (Orense).—¡Las veces que le llamarían a usted bruto los lectores si publicáramos su cuento!... ¡Tantas serían, y tan fuerte se lo llamarían, que, para evitar disgustos que pudieran ser demasiado gordos, no lo publicamos!... ¡Ya puede usted estarnos agradecido, porque le hemos librado de una buena!...

P. S. M. (Teruel).—Esa aventura nocturna de doña Facunda González es, por desgracia, una narración más vieja que el traje que tenemos puesto en el momento de escribirle a usted estas cortas líneas. ¡Rejuvenezca usted sus facultades creadoras, o, de lo contrario, perecerá usted literariamente antes de nacer!

L. D. T. (Madrid).
Si usted no fuese tan rucio, no nos habría mandado ese cuento viejo y sucio que, antes que usted, lo han [contado]
Vital Aza y Celso Lucio
(y, desde luego, en privado)



—¿Por qué estás tan triste?
—Porque aquí fué donde se ahogó mi primera mujer.
—Pero después te has casado con una que es joven, guapa, elegante...
—Sí; pero no quiere venir a bañarse aquí.

(De Le Rire, París.)

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente **al pie de cada cuartilla, nunca en una aparte**, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «**Para el Concurso de chistes**».

Concedemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuren como autores de los mismos.

AMADOR
FOTOGRAFO
PUERTA DEL SOL, 13

CANA



Invento Maravilloso

para volver los cabellos blancos a su color primitivo a los quince días de darse una loción diaria. Su acción es debida al oxígeno del aire. No mancha ni la piel ni la ropa. Se aplica con la mano como una loción cualquiera. La cana desaparece rápidamente.

De venta en todas partes

LABORATORIO
CASPE 32
BARCELONA

El premio correspondiente al chiste del número anterior ha correspondido al siguiente:

Maestro.—Vamos a ver, Juanito. Un padre de la, al morir, ocho mil quinientas pesetas, para repartir entre sus tres hijos: al primero le deja un quinto de la fortuna, y al segundo, un sexto. ¿Cuánto le toca al tercero?

Juanito.—No sé, porque no soy de la familia.

FALQUINA, Lugo.

ENTRE AMIGOS

—Oye, Vicente, ¿no sabes por qué nos han cedido al pueblo la Casa de Campo?

—Sí, hombre: por D. Pedro Rico.

—Ca; nos la han cedido porque el «retiro» se lo están dando a los militares.

Don Picorete (Madrid).

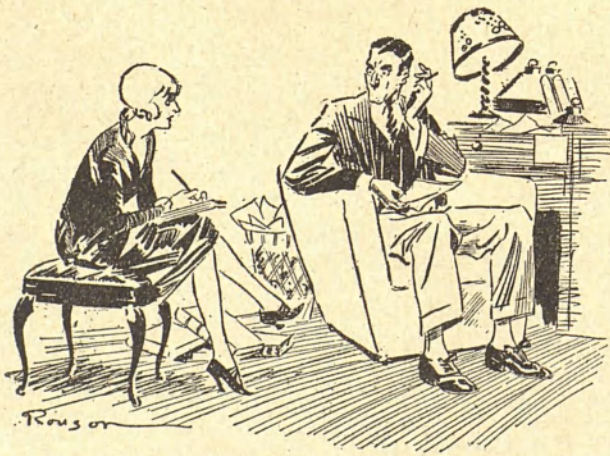
EN LA ESCUELA

Alumno.—Mi papá me manda decirle que el día 20 no podré venir a clase.

Profesor.—¿Y para el día 20, que aún faltan ocho días, ya pide usted permiso?

Alumno.—Sí, señor; tengo que asistir a un entierro.

Pinfano (Melilla).



El autor (dictando).—María, mi querida María: ¡Te idolatro! ¡Te adoro! ¿Quieres ser mía?

La mecanógrafa.—¿Está usted todavía dictando?

(De London Opinion.)

RECUERDOS DE LA SELVA

—Esta cola que ves se la corté a un león en la selva virgen del Brasil, exponiendo la vida.

—¡Hombre!, de una fiera así debías haberte traído la cabeza.

—No lo hice, porque ya se la habían llevado.

Pinfano (Melilla).

Ventiladores

LOS MEJORES, LOS MÁS
ECONÓMICOS, CON AIRE
ESPECIAL PERFUMADO.

RAMON ROMERO

Fuencarral, 68. MADRID

EN LA CLASE

El profesor.—¿Qué quiere decir ladroncio?

El alumno.—No sé, señor.

El profesor.—Pues bien, si yo fuese a tu pupitre y tomase un duro, ¿qué sería eso?

El alumno.—Imposible, señor. Nunca he tenido un duro en mi vida.

«Pedro Grullo». Stratford-on-Avon (Inglaterra).

ENTRE AMIGOS

—¿Supiste el caso? El otro día, tu hermano se zampó en la mesa media arroba de cerezas.

—Pero ¿es posible? ¿Con pepitas?

—Con Pepita, no; con Leandra.

J. Delgado (Ribadesella).

PURA LOGICA

Iban una noche en un correo perfectamente iluminado, de la línea de Asturias, varios viaje-

TAPAS para encuadernar colecciones semestrales de

BUEN HUMOR

se venden en la Administración de dicho semanario al precio de 3 ptas. una. Se remiten certificadas si al enviar el importe se acompañan 0,30 pesetas.

ros; uno de ellos en cada túnel que pasaba se dormía irremisiblemente, y se despertaba con puntualidad matemática, cuando el convoy salía de él.

Otro viajero que observaba la coincidencia le preguntó curioso: «Oiga, amigo; ¿cómo es que duerme usted mientras pasamos los túneles, y se despierta al salir de ellos? «A lo que nuestro hombre respondió, cargado de razón: «Es que no puedo dormir con luz».

Sazy.

El guía andaluz.—Nozotro lo sevillanos no nos gusta que lo demás ze aprovechen de lo nuestro.

El turista.—¡Ah! Ya comprendo por qué no circulan los duros sevillanos.

Korsakoff (Valencia).

—Suponiendo que hayan jugado a la Lotería todas las capitales de España, ¿a quién le tocó el gordo?

—¿...? A Madrid porque está «Rico».

Antonio Pino (Madrid).

ENTRE MATRIMONIO

La mujer.—¿Quieres decirme de quién es esta liga que encontré en tu americana?

—Pschtss...

—No te asustes, monín; es que quiero que me traigas la otra, que llevo dos cachos de cinta.

Juanduarte y Estebangómez (Madrid).

—Mira, niña; esto es intolerable. Tienes que decirle a tu novio que acorte un poco sus visitas. Está en casa más tiem-

po que yo, y con una franqueza que no me hace gracia. —Pero..., papá, si el pobre... —Nada, nada; como continúe así, voy a proponerle que paguemos la casa a medias.

M. Z. A. (Bilbao).

EDUCACION INFANTIL

El maestro: —¿De veraneo con la familia? Que lo pases muy bien y a ver si vuelves más inteligente.

El niño: —Gracias; igualmente.

M. Guerra.

CUPON

Correspondiente al núm. 499 de BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el concurso permanente de chistes o como colaboradores espontáneos.

—¿En qué se parece una bordadora a un reloj?

—¡...!

—En que tiene agujas.

Salmerón. Lorca (Murcia).



Yva Richard No 9, Rue Pilet-Vill R. 10 PARIS (Francia)

CASA ESTABLECIDA HACE 18 AÑOS

Medias de seda y trajes de baño transparentes, con mallas resistentes para bailes, baños, cultura física, etcétera, 90 pesetas.

Album de fotografías, posiciones variadas con trajes de baño muy adherente y transparente, 20 pesetas.

LAS ULTIMAS NOVEDADES

Esclavos de la moda.—Una excéntrica.—El pantalón que no obedece.—Duquesa o cortesana.—La locura de las grandezas.—Bouclette y su corsé.—Camisas transparentes.

Cada serie de fotografías, 12 pesetas; las seis series, 60 pesetas.

Especialidad en corsés cerrados, medias de seda, ropa blanca moderna, guantes de chevreau glace, estereoscopia, películas de cine.

Catálogo ilustrado completo de una serie de fotografías inéditas (franco correo)..... 12 ptas.

Artísticas fotos

Colección de

seis series de 10 artísticas y atrayentes fotos cada una.

Cada serie de estas 10 fotos, tamaño 8 x 14, pesetas 10.

Las seis series juntas, en total 60 fotos, sólo 50 pesetas.

Hay una serie especial, compuesta

de 36 magníficas fotos en miniatura, tamaño 2 x 5 centímetros, pesetas 10.

Clisés de una limpieza absoluta.—Ilusión completa de la realidad.—Posiciones artísticas.—Envío franco en sobre certificado contra Giro postal internacional o cheques sobre París.—La administración de Correos no acepta envíos contra reembolso para España.

B L O N D E L E D I T I O N S
1, Rue Blondel, 1.—PARIS



Ella.—Ninguno de nuestra familia ha hecho un matrimonio brillante.

El.—Sí: mi mujer.

(De London Life.)

Il manon

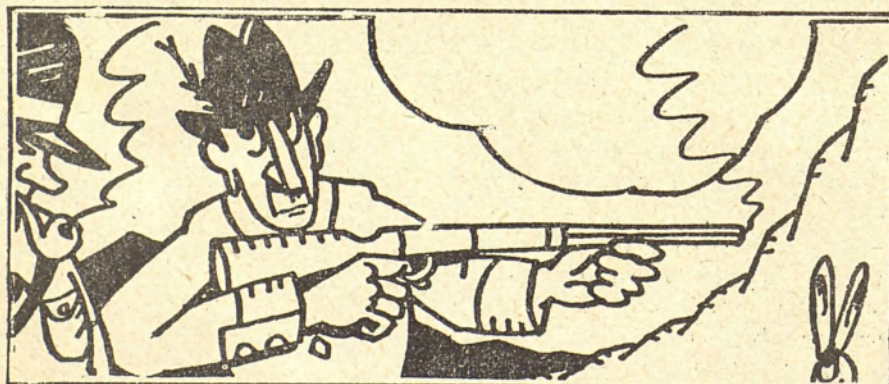
**STUDIO
GREAT**

**Parfumeria
Parena**
Badalona

...ES DELICIOSO

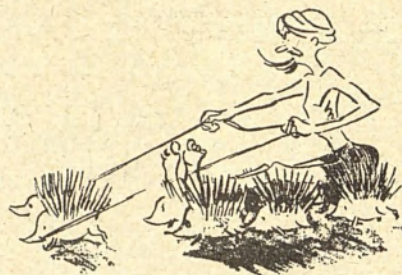
afeitarse
SUAVEMENTE
sin dolor
RÁPIDAMENTE
en 3 minutos
CÓMODAMENTE
sin preparaciones.
Sólo con

**crema de afeitar
VARON DANDY**



—Van cinco veces que tiro sobre esa liebre, y no se mueve ni un milímetro.
—Hace bien. Si llegara a moverse correría el riesgo de ser herida.

(De *Almanach National*, París.)



El fakir del circo sale de paseo.
(De *Lustige Blaetter*, Berlín.)

CURIOSOS FILMS

Tomados en un renombrado estudio de arte.—Se aprecian perfectamente los detalles de los artistas que han tomado parte en su ejecución. Se han obtenido seis curiosas y artísticas películas de gran atracción, novedad e interés.

Cada film, para Pathé-Baby, 40 pts.; los seis, 200 pts.—Para Kodak, 120 pesetas; los seis, 600 pesetas.

Envío franco a todos los países contra billetes de Banco, cheques sobre París, o giro postal internacional.

ESTUDIO de la LUNA

Mlle. SUZANNE

Directora.

7, Rue de la Lune, 7.-PARIS



BUEN HUMOR



PRECIOS DE SUSCRIPCION (PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMERICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 =

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas.
Semestre.....	16 —
Año.....	32 =

ARGENTINA (Buenos Aires)

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856	
Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12
Número suelto.....	25 centavos

Agencia en Cuba para la venta: Compañía Nacional de Artes Gráficas y Librería. S. A., Apdo. 605. Habana.

REDACCION Y ADMINISTRACION

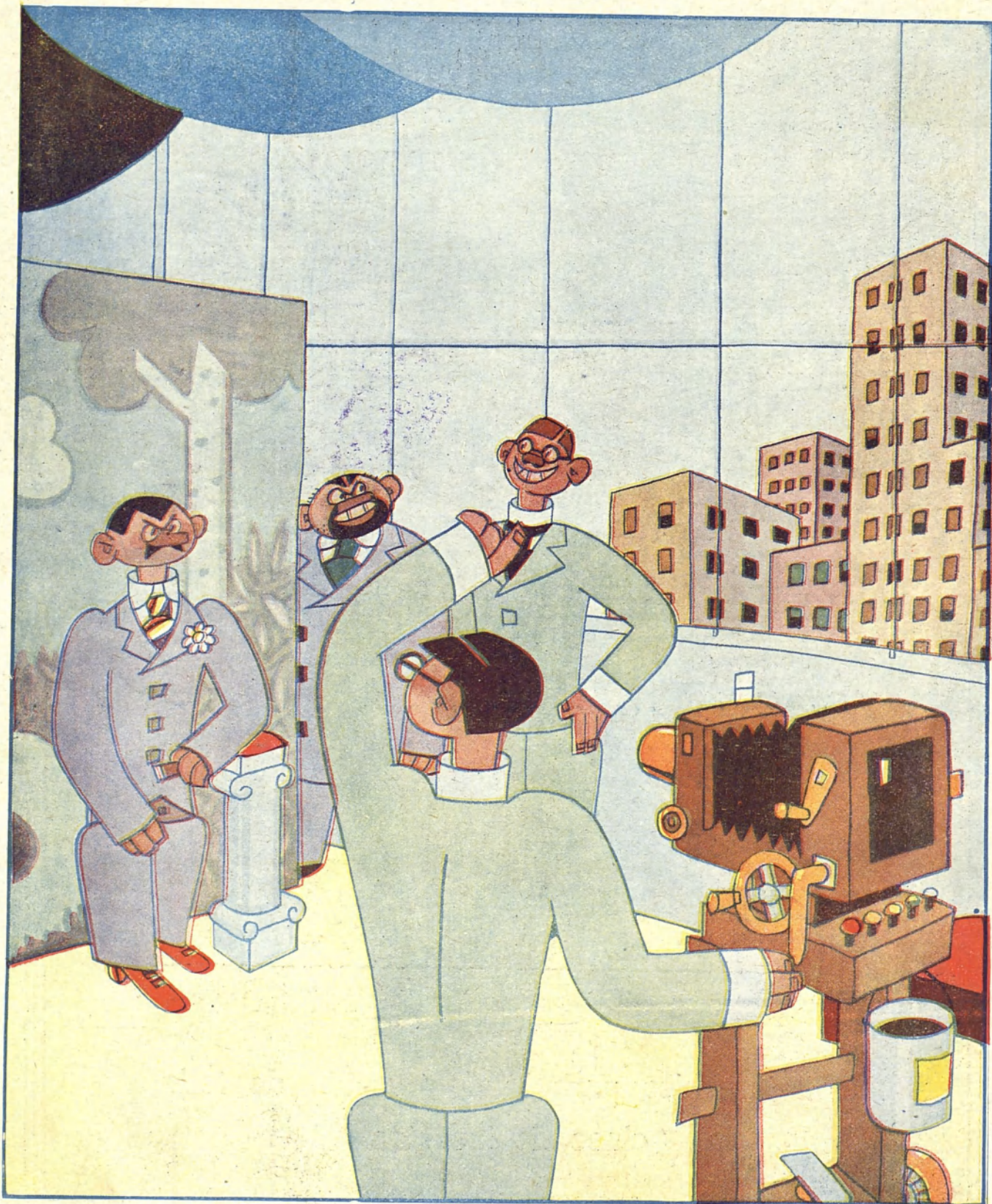
Plaza del Angel, 5.—MADRID.—Apartado 12.142

Los famosos
polvos insecticidas

LEYER Y COMP.^A

Son infalibles para la destrucción de toda
clase de insectos

BUEN HUMOR



—Este don Claudio es un pedazo de pan... ¡Qué buen fondo tiene!

Dib. GARRIDO.—Madrid.

Ayuntamiento de Madrid